

Erotismos Kit Kat Club

ANDRÉS DE LUNA

⊗ Son las dos de la mañana del inicio de un sábado del 2007 en Berlín. La estación del metro en la que se desciende es Gundulastrasse, y basta caminar unas tres o cuatro cuadras para llegar hasta el Kit Kat Club, uno de los lugares míticos de la Alemania actual. En la entrada algunos dejan sus ropas en ganchos, otros se colocan una especie de disfraz que los identifica con sus afinidades electivas, unos más llegan con la ropa de la oficina del viernes, y todos concilian sus gustos e intereses en este antro que lleva lustros desde que fue fundado. Habría que preguntarse si estos lugares son la válvula de escape necesaria para evitar delitos de índole erótica o si son los placebos que requiere la sociedad, aun una tan liberal como la del Berlín posterior a la caída del muro. En sus *Memorias*, Franz Wedekind relataba esos inicios del siglo XX, cuando en la zona cercana al zoológico de la capital germana se desarrollaba una vida que oscilaba entre el uso de los placeres o la decadencia franca y abierta, con una sobrepoblación prostibularia.

¿El Kit Kat enuncia una hiperrealidad? Por ejemplo, en el Mitte berlinés, el centro de la ciudad, entre las luces de los cafés y restaurantes florecen las jóvenes de aspecto saludable y hasta de atuendos elegantes que alquilan su cuerpo por unas decenas de euros.

Ellas se confunden con los paseantes locales y los turistas que salen los viernes para relajar las tensiones cotidianas. Los adolescentes beben cerveza con sed inacabable. Viajan en el metro y llevan las botellas en la mano. Unos son víctimas del sueño y otros cantan al ritmo que les viene en gana, son auténticas hordas las que se concentran en Alexander Platz. Los muchachos sin discreción alguna orinan en el primer lugar que encuentran; ellas son más cuidadosas y buscan refugio en la oscuridad.

El inicio del fin de semana en Berlín tiene el sello característico de una suerte de bacanal. Unos esperan que llegue la madrugada para ir al Kit Kat Club. Este día el club recibe heterosexuales, masoquistas, gays, lesbianas, onanistas, mirones y todo aquel que se crea en condiciones de entrar en una dimensión peculiar del sexo. Nadie se asusta. Las cosas están literalmente al alcance de la mano y de

la vista; en las barras se beben tragos y se sigue con la cerveza. Si se recorre el lugar se encuentra una piscina que, por la temporada, ya tiene el agua un tanto fría. Sólo se podrá usar horas más tarde cuando salga el sol. Por lo pronto, las parejas y los grupos lo más que hacen es ocupar los sillones que rodean la alberca y entregarse a las caricias. Las respiraciones de pronto se aceleran. En dos de los salones se puede bailar, pretexto indispensable para darle gusto a la mirada que recorre esos cuerpos de pronto hermosos que apenas si se cubren con una tanga mínima o que se resguardan con una traje de cuero negro; otros lle-



van los accesorios de los masoquistas y un collar que semeja una correa de perros; los gays gustan de los atuendos de marinerito. Se danza con fresesí y la consigna es dejar que cada quien haga lo que quiera. Los cuerpos sudan. Las manos recorren traseros o se inquietan ante la presencia de un sexo que se erecta. En los camastros que rodean la pista una que otra pareja se recuesta, en otros casos se forma un pequeño grupo.

Al pasar al otro salón lo primero que se nota es la presencia de mujeres bellas que rozan sus pechos, se pasan la mano por el trasero y dejan claro que unas y otras se pertenecen y que las intromisiones deben estar consentidas por ellas. Por lo regular visten de negro y traen unas gorras de policía. Al fondo es posible subir a un entrepiso, en el cual el sexo es la realidad de las cosas. De pronto llega el ajetreo: dos parejas de hombres y mujeres están a punto de iniciar una cópula compartida. Los hombres se sientan en tanto que las mujeres quedan arriba de los varones y tienen la posibilidad de besarse entre ellas mientras los tipos las penetran. Entre la penumbra aparecen unos cinco o seis personajes, casi todo viejos, que amparados, casi seguro, por los beneficios del Viagra, practican el acto onanista de mironear incisivamente a las parejas. La acción enciende los ánimos. Otros se acercan sin atreverse a tocar. Observan con la disciplina y el rigor que dan las reglas del juego. Sólo un muchacho está junto a

una de las parejas y casi se mezcla con ellos. Pasan los minutos y de pronto ocurre el clímax. La mujer se levanta como si obtuviera un triunfo olímpico, toma una toalla húmeda y limpia los restos de espermatozoides que escurren entre sus muslos. La otra pareja continúa con ese coito exhibicionista. Son cerca de las tres de la mañana. En los baños la actividad es oscilante y regular: se puede tener sexo de manera más íntima o se puede “empolvar la nariz”, tomar un “chocho” o drogarse de otro modo. Las fronteras entre los baños de hombres y mujeres están rotas, unos y otros se usan de manera indiscriminada.

En el entrepiso continúan las actividades, ahora es un trío, dos hombres y una mujer. Los teléfonos celulares se encienden para grabar en video lo que se ve en ese momento. Los onanistas continúan su labor y se enciman para tener una mejor visión de los hechos. Cuando se acerca el orgasmo de la mujer o del varón la intensidad flota en el ambiente y todo se carga de un nervisismo tremendo. Uno de los masturbadores vacía su deseo y otros lo reciben con euforia. Así van de uno a otro. Al final el trío termina la secuencia. En el otro salón, dos hombres en silla de ruedas rondan por los espacios donde se baila. Uno de ellos es propositivo. Coquetea con una joven hermosa de vestido entallado. Él la convence de que le de beso. Luego ella se levanta el vestido y enseña su trasero al minusválido. Apenas una tanga de hilo dental separa la desnudez de esos mofletes del rostro del individuo. En un abrir y cerrar de ojos se desarrolla esa cópula inusual en medio de la pista de baile. El Kit Kat resplandece con esa libertad que es un mito o que se reactiva ante esos participantes que quieren ofrendarse a la noche. Los homosexuales están por todas partes y hacen gala de su afinidad con lujuria. Se chupan, se huelen y gustan de la desnudez. Nada de hipocresías, el Kit Kat permite el goce. Claro está que, luego de unas horas de labor, los olores del lugar son intensos, tan concentrados que se requiere un poco de aire para continuar el paseo por los salones. Muchos de los participantes de esta ceremonia del eros son los habituales, los que cada viernes llegan al lugar y se entregan a sus rutinas o se preparan para alguna posible sorpresa. Además son desafiantes y evitan el uso de condones. La mayoría viene al menos en pareja; los solitarios están excluidos. El Kit Kat ha roto la idea del ghetto. Aquí están los heterosexuales, los bisexuales y los homosexuales en un mismo espacio en donde comparten sus fantasías y locuras. Ya a las siete de la mañana, con un sol aún adormilado, Berlín, un tanto exhausto, está listo para continuar con un fin de semana que tiene esa magia que otorga una sociedad permisiva. ~

